



ASTURIAS.—PICOS DE EUROPA

Mi escalada al Urriello (Naranjo de Bulnes)

Al prototipo de la sana juventud: Manu Sota.

I.—Camino de Bulnes; crepúsculo en el Cares.

Corre y salta el bullicioso Cares. A pesar de ser un niño, tiene en esta garganta gran dominio y poder. Es el rey de estas enormes murallas, y ellas le envían ufanas toda la clara sangre que del cielo les viene, mirándose galanas en sus límpidos remansos.

¡Qué encanto tienes con esta luz mortecina y el horizonte amarillo, lleno de agujas y picos, que te miran con respeto y te enseñan el camino!

II.—Bulnes.

Allí arriba encajonado, hundido entre los colosos vives tu dulce destino, que a veces creés agrio y duro. Mas ¿a quién puedes temer y qué puedes aspirar para llegar a ser feliz?... ¿Civilización?... No te enfangues en el barrillo mundano, que no hay sino envidias y atraso, y no encontrarás al final del sendero sino «spleen» y vida febril... ¿Retroceder lo andado? ¡Qué difícil es volver! Sigue viviendo tranquilo entre tus rocas y praderías, y no aspire «progresar», ¡que te sentará tan mal!

III.—En el hogar de «Manolín».

Noche aldeana de emoción; noche de ensueño; noche de ideas novelescas.

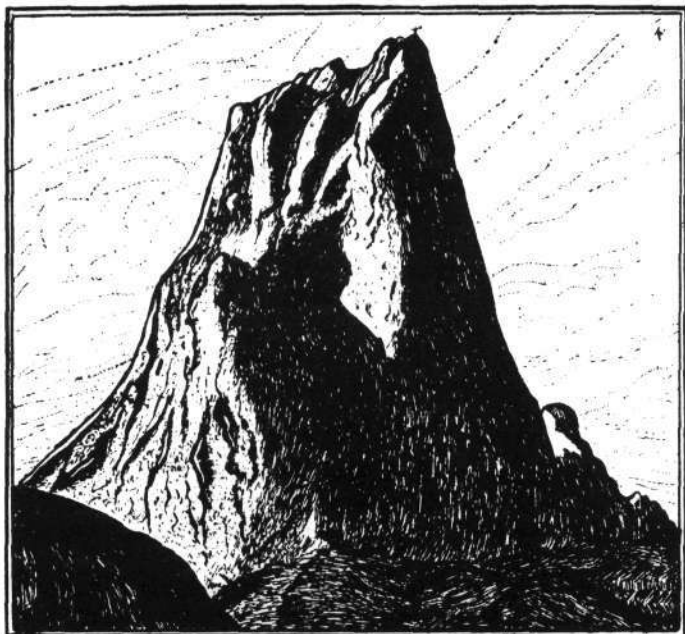
Habla «Manolín» con su «fabla» misteriosa: El Urriello, ¡oh! el Urriello es el gran señor de estas alturas y no consiente que se juegue con él; se da mucho a respetar. ¡Oh, el Urriello! ¡El Urriello, soberbio! ¡El Urriello, invencible!

Yo, en mis adentros: ¿Cómo será? Y pensando, apenas ceno, y mientras tanto los rapaces ensanchan los ojos mirando al plato.

¡Qué tres pensamientos más distintos: el mío, el de los rapaces y el del padre de éstos: «Manolín»!

IV.—La cama.

El mejor aposento de la casa, donde esperan los retratos familiares, la mirada curiosa del extraño; donde se guardan los cromos, las cartas y el tesoro del hogar, allí está la cama; esa cama soberana que en toda aldea se ve. En ella estoy y quiero



El Pico de Urriello (Naranjo de Bulnes).

dormir esta noche; mas el Urriello, como un dragón infernal, se presenta de continuo, y mientras tardo en dormirme no dejo de pensar en las palabras del buen hombre: ¡Oh, el Urriello! ¡El Urriello, soberbio! ¡El Urriello, invencible!

¿Será tan gallardo y tan fuerte?

V.—Despertar.

La ventana me anuncia que el sol saldrá en seguida, y presto me pongo en pie, saliendo del recinto de los sueños y el misterio.

—¡Buenos días! ¿Se ha descansado? —¡Muy bien, y usted!...—saludos de ritual he cruzado con los familiares.

Encendida está la lumbre; preparando la comida para el día se halla la tía de los pequeños; éstos duermen todavía. ¡Hermoso y tranquilo sueño infantil!

El sentimiento de la vida debería llevar la ruta de la inconsciente niñez, así se saborearía más todo lo bello que el mundo encierra; veríamos las cosas más puras y nuestro «yo» no estaría adulterado.

VI.—La mañana.

Claridad, alegría, hechizo de la montaña. Aquí una verde pradera canta, chilla; la de más arriba se viste con azul muselina: ésta en la sombra. A la gris y argentada peña, con su voz de tenor, no le va mal la esmeraldina tiple y se asocia a ella para seguir la dulce canción. A estos dos acompañan el sol, el río y algunos ayudantes de menor talla. ¡Y todos!... ¡Qué bella sonata nos están dando en estas magníficas alturas! ¡Qué gran alegría reparten y cuán felices nos sentimos a su lado!

VII.—El sendero.

Camino de cabras, camino en zig-zags; vamos uno detrás de otro. Allí abajo queda Bulnes. ¡Adiós! Ahora vienen Las Nestas, La Cañada, La Oruga, Valcosín, todos éstos son nombres de lugares que vamos pasando.

El paisaje es tan amigo de la música como el de abajo, y con esta armonía ¿podemos darnos cuenta de que vamos caminando? ¡Así pronto nos sentiremos águilas!

VIII.—Manuel Mier Campillo.

Con sus cincuenta y nueve años camina como un joven, y no sólo camina, sino que al mismo tiempo no da descanso a la lengua. ¡Qué de historias, qué de recuerdos guarda este buen hombre! Toda la vida en Bulnes y, no obstante, su archivo cerebral se halla repleto, y su vigor y humor como nuevos. ¿No es de envidiar esto? ¿Llegaremos los de la ciudad a esta meta y en esta forma? Lo dudo.

IX.—Camburero.

Antes de llegar a Camburero se nos apareció el Urriello. ¡Oh, gran señor! Y después nos hemos internado por la Canal hasta llegar al refugio. Una hija de mi acompañante nos da a beber leche y nos infla como a los globos con líquido tan sabroso. ¡A tu salud, simpática zagaleja, que no sabes de la vida otros senderos que los de estas montañas! ¡Buenas piernas y buen corazón! ¡Dios te los conserve!

X.—El coloso.

¡Por fin te contemplo! ¡Por fin te admiro! ¡Por fin te adoro! Eres tú el gran señor, sí; se te ve. Tienes un porte distinguido y tu «dandysmo» se eleva hacia un «plus ultra» infinito. Esa bella elegancia de tus lomos, esa esbeltez extraordinaria, esa arrogancia, esa serenidad, esa grandeza, ¿cómo iba a imaginarse nuestro simple entendimiento?... Y ahora sí que puedo exclamar como mi amigo:

¡Oh, el Urriello! ¡El Urriello, soberbio! ¡El Urriello, invencible!

¿Quién te puede dominar?

XI.—Hasta la Celada.

Sin parar de admirarle, cada vez más extasiado, caminamos sin apercibirnos. Es tan grande su atractivo, tan fuerte la impresión, tan soberana la perspectiva, que todo ello tiene un empuje mayor que el más fuerte imán. ¡Qué gran señor es! ¿Quién deja de respetarle? ¿Quién no se humilla ante él?

XII.—Al pie del «Titán».

Hemos pasado la Vega de Julluengu en continua admiración y ahora nos hallamos en la Celada, junto a un limpio ventisquero. Descansamos y abrimos las maletas. ¡Comamos!, digo a «Manolín». Que ya merecen estas andanzas sean bien retribuidas. ¡Comamos y mirémosle serenos, tan de cerca, al soberano! ¡Seamos con él tan puros como la blanca nieve que ahora chupamos!

XIII.—El saludo y la visita.

Previamente unas oraciones; después un intento sin calzado, y al querer bajar, que no puedo, ¿qué hacer? ¿Retroceder? ¡Nunca! Siempre tuve confianza en mí. ¿Siempre? ¡Miento!... ¿Cómo salir de esta llambria? ¡Adelante!, sea como sea. Y mientras abrazo al Coloso, y no puedo salir del rocoso atoladero, pienso en lo que Nietzsche decía:

¿Cómo ascender? ¿Qué haces cuando asciendes?
sube, sube y no pienses.

—
Aquí termina la senda,
vas al borde del abismo:
¡Adelante...! ¡Si no puedo!
Ten audacia y fe en ti mismo;
¡Ay de ti, si tienes miedo!

Y sin pensar, casi milagrosamente, salvo la dificultad. ¿Cómo salí? Ni yo mismo sé. Sigo; sigo en ascenso, y ya casi pasado el peligro, la alegría y la serenidad se unifican y vienen a hacerme compañía. ¡Ya he llegado por fin, cumbre bendita! ¡Quién lo creyera!...

XIV.—En lo más alto.

Aquí estoy, ¡oh gran coloso!, que te has dignado concederme tu visita.
¡Déjame ahora que atalaye desde tus plateados cabellos!

Toda la ramificación de las peñas hermanas siguen cantando como allí abajo. ¡Y qué dulzura causa el oírlas y qué impresión el verlas tan alegres! ¡Cantad, cantad a Vuestro y Nuestro Divino Creador; enseñad vuestra belleza y no os dejéis mancillar! ¿Quién, junto a vosotras, no se siente sublimizado?

XV.—Hacia abajo.

Un ¡adiós! seguramente eterno, y en seguida para sus pies, a recorrer su cuerpo de nuevo. Precaución. Bajo dándole la espalda; pero pronto tengo que mirarle

y palparle bien. Confío en que no me hará nada. Tengo fe y estoy tranquilo. Poco a poco: primero la cabeza, luego el pecho y, al final, las piernas voy pasándole con cariño.

¡Pero esas piernas qué duras y musculosas están! Hay momentos que la tensión de sus nervios repercute con los míos. ¡Esas piernas!... Pero, al fin, se compadece y paso. Y ahora, ¿cómo agradecerte? ¿Qué pides de mi, soberano «Titán»?

XVI.—Mi abrazo a «Manolín».

¡Ven aquí, «Manolín» querido! ¡Abracémonos como buenos hermanos! Tú, que has sentido en el corazón los latigazos de la emoción, cuando creías no tenía confianza en el coloso y dudabas de mi vida. Tú, que cantabas de alegría al saber que había alcanzado la cumbre. Tú, que me has visto bajar ansioso por abrazarte y salir de los lisos muslos del «Titán». Tú serás desde hoy, para mí, como un hermano. ¡Dame otro abrazo! Nos hemos fraternizado en la montaña, y estos quererles nunca se olvidan. Y ahora juntos, así unidos, cantemos, ya que los dos estamos de acuerdo:

¡Oh, el Urriello! ¡El Urriello, soberbio! ¡El Urriello, invencible!

¡Qué noble y cariñoso señor es!

HORARIO

Día 30 de Julio.—Salgo a las 6 y media para los picos, acompañado de «Manolín», por el camino de Las Nestas, Cañada, La Oruga, Valcosín (7 menos 10); Jugu de Abajo, 7,10. Canal de Camburero, refugio de Camburero, 8 menos 5. Vega de Julluengu, 8,30. En la Celada: pie del Urriello, por su lado Norte, 9,15; primeras nieves. Descansamos a comer un bocado junto a los Tiros de la Celada de Arriba (10 menos 15). Cuarenta y cinco minutos de sentada. Emprendo la subida al Urriello, por su parte Sur, a las 11,15; a las 12,30 llego a lo más alto de la cumbre. No hallo nada en las piedras que sirven de mojón y dejo en las mismas un mapa de Canarias y cuatro tarjetas: dos de la Federación y dos de la Sociedad Deportiva Amorebieta. En un palo, colocado por Víctor Martínez, pongo un pañuelo. A la una en punto regreso. Llego a la base del Urriello, lado Sur, a las 2,30. Canalón de Julluengu, 3,30. Refugio de Camburero, 5 menos 15. En Bulnes a las seis. Descanso. A las ocho en Poncebos (Electra de Viesgo).

Verano de 1928.

ANDRÉS ESPINOSA.

De la Sociedad Deportiva Amorebieta.

(Dibujo del autor).

